

## Ocios en la Roma Antigua

Newton Cunha

El ocio temprano en Roma fue determinado inicialmente, y de manera obvia, por los trabajos pastorales y rurales, llamados *otii dies*, como los encontramos cantados por Lucrecio (*De rerum natura*, canto V, 1440-1460): "El hombre aprendió a imitar las claras voces de los pájaros, antes de hacer oír los poemas adornados con dulces melodías. Los suspiros de los céfiros, a través de los cálices, enseñaban las flautas ásperas. Luego, poco a poco, sonaron los dulces lamentos de las flautas bajo los dedos de los cantantes en los bosques y selvas; flauta, invención de los días ociosos de los pastores. Así se revelaron a la luz de la razón todas aquellas artes que suavizan nuestras vidas" (*At liquidas avium voces imitarier ore ante fuit multo quam levia carmina cantu concelebrare homines possent aurisque iuvare, et zephyri cava per calamorgo um sibila primum agrestis docuere cavas inflare cicutas inde minutatim dulcis didicere querellas, tibia quas fundit digitis pulsata canentum, avia per nemora ac silvas saltusque reperta, per loca pastorum deserta atque otia dia. Sic unum quicquid paulatim protrahit aetas in medium ratioque in luminis eruit oras*).<sup>1</sup>

Referencias similares se encuentran en las Geórgicas de Virgilio: "Contigo (agricultor) adora a Ceres toda la áspera juventud, y para ella mezcla tu leche, tu colmena y tu vino dulce; tres vueltas dan la víctima propicia alrededor de las nuevas doncellas, y todo el coro y

---

<sup>1</sup> Traducción personal.

el campo vano con gritos invocan el favor de la diosa; y que nadie se atreva a cosechar el desorden de las espigas maduras sin antes, con hojas retorcidas de alcornoque, para no dar la danza y el canto agitados en su alabanza" (libro primero).<sup>2</sup> A través de estas citas se puede ver que el ocio de los antiguos latinos, integrado en el trabajo agrario, se llenaba generalmente de cantos y danzas, de plantaciones y cosechas, rindiendo homenaje a los dioses y a la naturaleza en los días de descanso, es decir, en las fiestas. Pero el propio poeta, hombre urbano y culto, termina las Geórgicas diciendo en qué circunstancias podía escribirles: "En aquella época, el amoroso Partenón me dio a mí, Virgilio, lo que me mantenía, floreciendo en los estudios de ocio suave y que, para divertirse, hacía cantar a los pastores" (cuarto libro).

Y de ocio no se olvida Horacio en sus Odas, como ya podemos ver en la primera: "Hay quienes no desprecian un vaso envejecido de Masico, ni consumen una parte del día entero, a veces estirado bajo un arbusto verde, a veces cerca del lugar donde nace mansamente una fuente sagrada". O aconseja a un personaje imaginario, durante el invierno nevado: "Templa el rigor del frío echando leña al fuego y saca, O Taliarco, vino abundante de cuatro años, madurado en tina sabina... Y como eres joven, no desprecies los dulces amores ni evites el baile, mientras tu verdor esté lejos de la caña lenta. Cuando llegue el momento, busca las plazas de la gente, busca la música de la noche" (Oda 9a).

Es interesante observar que en los tres autores mencionados, que se encuentran en la transición de la República al Imperio, la palabra *otium* designa ya el tiempo liberado de los compromisos cívicos y

---

<sup>2</sup> Virgilio, P. M. e Horacio, Q., *Obras Completas*, M. Aguilar Editor, Madrid, 1945 (traducción latino-española de Lorenzo Riber).

religiosos (edilicio, questura, senatoria, cargo de flamine, o sacerdote, por ejemplo), con respecto a la clase de patricios y caballeros, así como las actividades elegidas entonces, y también el tiempo liberado personalmente del trabajo con respecto a los clientes, liberados y plebeyos (que también podrían tener acceso a determinados cargos públicos). Por eso, en autores más antiguos como Quinto Enio - activo en la transición entre los siglos III y II antes de nuestra era - la misma palabra se aplicaba sólo a la época de tregua de los ejércitos romanos y a la vida común en los cuarteles.

Ya en los tiempos de la Monarquía había informes de fiestas rústicas (*feriae rustici*), como la *robigalia*, la *floralia*, la *compitalia* y la *palilia*, a las que convergían ritos y votos religiosos relativos a un momento preciso del trabajo agrícola (plantación, prevención de plagas, cosecha) que también abarcaban diversiones, espectáculos o competiciones. La *robigalia*, por ejemplo, instituida por el rey Numa (siglo VII a.C.), y celebrada el 25 de abril, tenía por objeto prevenir la propagación de una enfermedad de los cereales, la roya. Había un desfile fuera de la ciudad, el sacrificio de un perro o una perra pelirroja (cerca del ferruginoso), la invocación de los dioses y, finalmente, se promovían las carreras de jóvenes y adultos. También las *floralias*, consagradas oficialmente en el año 513, pretendían no sólo celebrar a la diosa Flora (*Mater florum*, como la canta Ovidio) y el regreso de la primavera, a principios de mayo, sino también exorcizar la esterilidad de las plantas. Muy simples al principio, sus danzas se convirtieron, debido a las características de fecundidad y renovación del ciclo biológico, en presentaciones coreográficas obscenas de mujeres desnudas (incluidas las cortesanas). En cuanto a las *lupercalias*, cuyos orígenes son inciertos y contados diversamente por Plutarco (Vida de Rómulo), Dionisio de Halicarnasso

(Antigüedades Romanas) y también Ovidio (Fastos, II), se relacionan con la época de mayor aparición de lobos hambrientos (*lupi*) en los campos, después de la temporada de invierno de escasez, o con la historia de la fertilidad redescubierta por las mujeres romanas en tiempos de Rómulo. Tuvieron lugar en febrero, consistiendo, además de los rituales de ofrenda, en una carrera de hombres vestidos sólo con pieles de cabra sacrificadas, colocadas alrededor de la cintura, y duraron hasta la era cristiana, porque el Papa Gelasio, en 495, incluso escribió una carta contra esta celebración pagana de los fieles católicos.

La cultura de la diversión y la celebración, más característica de los romanos que de los griegos, se revela ya en el nombre utilizado por los latinos para las representaciones teatrales - *Ludi scaenici*, es decir, juegos de escenas - que sólo se difundieron después de las guerras púnicas, en la época de Livio Andrónico y Gneo Névio, ambos escritores de tragedias y comedias. Plauto, actor y comediógrafo extremadamente fértil (unas 130 obras), activo en la transición de los siglos III y II, se convirtió en la gran referencia del teatro romano, no sólo por la descripción sociológica y las costumbres de su tiempo, sino también por la fijación de tipos que más tarde copió la *Comedia dell'arte*, como el soldado fanfarrón, el esclavo astuto, los parásitos adúlteros, las parejas de enamorados en dificultades.

Los *Ludi romani* o *Ludi magni*, en honor a Júpiter, fueron instituidos en la era republicana a mediados del siglo IV y se practicaban en septiembre. Durante mucho tiempo se limitaron a las peleas y las carreras, y no fue hasta finales del siglo III que se incluyeron las tragedias y las comedias latinas. Según Cicerón (In *Verrem*, II, acusación contra Caius Verres) hubo una pausa de 45

días entre los Ludi Magni y los Ludi Victoriae Sullanae, lo que significa que la gran fiesta terminó alrededor del 19 del mes. Pero antes de eso, del 6 al 13 de julio, había los Ludi Apollinari, establecidos en el consulado de Fulvio Flacco (212 a.C.), dedicados, como su nombre indica, al dios Apolo, y compuesto tanto de carreras de caballos como de representaciones teatrales, especialmente las de la toga praetexta (con caracteres romanos de origen patricio o caballeros).

Pero los festivales que quizás más influyeron en el surgimiento del carnaval de la Edad Media fueron las *Saturnales*. Época en la que el dios Saturno se reintronizaba y se recordaba la mítica edad de oro a finales de diciembre (en la época de Domiciano, el período se fijó entre el 17 y el 23). Durante el período, como se sabe, los esclavos podían considerarse hombres libres y comportarse como tales; se elegía por sorteo a un príncipe para que llevara una máscara y un vestido con mechones de color rojo (¿el futuro rey momo?), símbolo de las fuerzas inferiores, desde las profundidades del suelo, que había que aplacar con fiestas en su honor y regalos. Por lo general, las saturnales comenzaban con banquetes y podían degenerar fácilmente en rituales orgiásticos.

Durante la mayor parte del imperio, y dada su riqueza, tanto en Roma como en Atenas, así como en las principales ciudades de Italia y en los actuales territorios de España o Francia, gran parte de la vida de los ciudadanos se desarrollaba fuera del ámbito doméstico, es decir, en las plazas y en aquellos edificios públicos que ofrecían gratuitamente los servicios o condiciones de una domus. Las fuentes de agua y los aseos eran numerosos, y en todos los barrios había balnearios (saunas), con lugares para masajes, palestras (práctica de ejercicios físicos), pergaminos de lectura (zona de biblioteca) o salas para reuniones y conversaciones entre amigos y conocidos. En

estos lugares se discutía mucho sobre política, haciendo de los baños el sustituto del ágora griega. También sirvieron para el desarrollo de la arquitectura pública y la decoración romana, mediante la aplicación de mármoles en las fachadas, comúnmente grandiosos, y mosaicos en los suelos.

Se sabe que la jornada laboral en Roma comenzaba entre las seis y las siete de la mañana, según la oficina, y terminaba entre el mediodía y la una de la tarde, lo que nos muestra que una gran parte de la población adulta no esclava tenía mucho tiempo libre. Además, a lo largo del año, hay que añadir los *dies festi* (días festivos o de celebración, algunos de ellos ya mencionados), consagrados a las numerosas deidades, y las *feriae publicae* (los días festivos públicos), que se hicieron frecuentes después de Augusto, conmemorativos de las victorias y conquistas del imperio. Por esta razón, era común la afluencia de público a las carreras de caballos y coches (carros y cuadrigas) que se celebraban en el Circo Máximo, una estupenda estructura de 600 metros de largo y 140 metros de ancho, con capacidad para recibir, en la época de Julio César, 250 mil espectadores (según Plinio el Viejo, *Historia Natural*, libro 36).

Junto a estas competiciones ecuestres, el otro gran espectáculo público de todo el imperio era el combate de gladiadores, o gladiadores y bestias, que se celebraba en anfiteatros (como el Coliseo, el más imponente de todos) y circos. Tales luchas aparecieron en la región de Etruria, en el año 264 a.C., como homenaje a los guerreros muertos, siendo llevados y entrenados en escuelas especiales los prisioneros de guerra, esclavos y criminales. Algunos espectáculos se hicieron famosos en la antigüedad, como el promovido por Julio César, con 300 parejas de gladiadores, uno de

Domiciano, entre mujeres y enanos, y el más grande de todos, Trajano, con 5 mil parejas de combatientes.

La existencia de todos los festivales y espectáculos plebeyos anuales, ofrecidos gratuitamente, complementaba el hábito instituido en la República y mantenido en el Imperio, el de la distribución de cereales (*lex frumentaria*) o su venta directa a precios inferiores a los del mercado. De ahí que Juvenal, en sus *Sátiras* (X), escribiera la famosa frase según la cual *populus dois tantum res anxius optat, panem et circencis* - el pueblo espera ansiosamente dos cosas, el pan y el circo. Todo esto prueba que el entretenimiento de masas no fue creado como resultado de la revolución industrial, sino con la sociedad esclava romana.

En el otro extremo del ocio popular y de masas, es decir, el ocio personal, solitario y erudito, encontramos la obra y el examen de Séneca (*De otio*), un texto de fina sabiduría de quien supo conciliar el estoicismo y el epicurismo griegos. El texto nos recuerda la máxima estoica de que el sumo bien es vivir según la naturaleza; pero la naturaleza nos ha formado no sólo para la acción, sino también para la contemplación de las cosas (para la filosofía, para la ciencia, para las artes). Y estando de acuerdo en que, por el hecho de vivir necesariamente en sociedad, es muy difícil ser inmunes a los vicios, por lo que no hay otra forma de evitarlos que aislándonos, siempre que sea posible (si creemos que las virtudes son mejores que los vicios, de lo contrario...). Sólo este hecho puede hacernos un poco mejor, aunque nada nos impide, viviendo separados, acercarnos a los hombres virtuosos, ya sea personalmente o leyendo, y extraer un ejemplo con el que modelar nuestra vida. Y esto sólo es posible en una vida tranquila, lejos del público, la masa y la mediocridad habitual. De esta manera nuestra vida puede proceder de manera

uniforme y constante, sin ser perturbada por ideas y apelaciones de lo más diverso y opuesto. Además, si los numerosos males que nos afligen ya no fueran suficientes, pasaríamos de un vicio a otro por necesidad, ingenuidad o placer efímero. Conservemos al menos uno de ellos, el que nos es más familiar y menos dañino.

Ya en aquella época, Séneca lamenta ver que, en medio de la acción de la vida cotidiana (sobre todo él, que vivió una vida política extremadamente peligrosa, no sólo en el reinado, sino en la corte de Nerón, como su antiguo preceptor y luego consejero), el tormento que es ver que nuestras elecciones, además de ser malas, son muy volubles, sacudidas que estamos aquí y allá, como por el viento, dedicándonos a veces a una cosa, a veces a otra, en un poco de deseos y arrepentimientos, porque siempre dependemos de la opinión o el consentimiento de los demás, sobre todo en las luchas de los poderes políticos o institucionales propiamente dichos (en el mundo actual de la publicidad invasiva y la pérdida de privacidad, provocada por las redes informáticas, creo que nuestro rico filósofo se encontraría en un callejón sin salida, salvo por la locura o el suicidio, que en la vida real se vio obligado a cometer). Continuando con el tema, escribe: "Pero, ¿qué hace usted, Séneca? ¿Traicionaste a tu escuela? Sus estoicos compañeros dicen claramente que es necesario participar en la vida activa hasta el último aliento, entregarse al bien común, ayudar a los hombres, actuar, en definitiva, de manera concreta, esforzándose en primera persona... ¿Por qué injerta los preceptos de Epicuro en los que son básicos en Zenon... Ahora, te demostraré que no me distancio de las enseñanzas de la escuela estoica, así como sus discípulos no se distanciaron. Y te demostraré diciendo sólo dos cosas: en primer lugar, que uno puede dedicarse enteramente a la contemplación, después de la infancia,

buscando una norma de vida adecuada y practicándola de forma aislada; en segundo lugar, que uno puede hacerlo de forma diferente, aunque ya se haya comprometido en la esfera social, cuando la vida se inclina hacia el ocaso, transmitiendo a los demás los testimonios en el cuidado de las cosas prácticas, como hacen, por ejemplo, las Vestales, que dividen sus tareas según la edad, primero aprendiendo los ritos sagrados y, al final de toda la formación, dedicándose a la enseñanza. .. Epicuro dijo: "Que los sabios no participen en la vida pública, excepto en algunas circunstancias". Zenon, en cambio, 'El sabio participa en la vida pública, si no hay nada que lo impida. El primero sostiene el aislamiento como un principio, el otro como una ocasión. Imaginemos dos tipos de Estado, uno inmenso y verdaderamente así, en el sentido de abarcar diversos dioses y pueblos, y en el que nuestra mirada no se fija en tal o cual ángulo pequeño, sino que mide los límites siguiendo el curso del sol; el otro, mucho más pequeño y específico, en el que nacemos por destino... A los mayores podemos servirles incluso llevando una vida de retiro, dedicada a la meditación y no sé cómo podríamos hacerlo mejor, pero con la condición de que sea [el retiro] dedicado al estudio y la práctica de la virtud, preguntándose si es una sola o si son muchas, si lo que hace a alguien virtuoso es la naturaleza o la educación... Decimos que el mayor bien es vivir de acuerdo con la naturaleza, y nuestra naturaleza tiene dos caras, una orientada a la contemplación y la otra a la acción. En cuanto al primero, la contemplación, la prueba de su validez radica en el hecho mismo de que nuestro deseo de conocer lo desconocido y lo vivo es el interés de lo que se informa... es lo que nos lleva a explorar los secretos más profundos, consultar libros y aprender sobre la gente. Esta curiosidad nos dio la naturaleza, que consciente de su propio arte y fascinación, creó los

testimonios de un admirable espectáculo... Y si el Estado ideal, aunque figure en nuestra mente, no se encuentra en ninguna parte, entonces la vida contemplativa se impone a todos como una necesidad, siendo un ancla de salvación".

En resumen, el ocio erudito o contemplativo resulta extremadamente útil para la vida práctica de jóvenes y adultos, y llena de manera tranquila y seductora el inevitable y más solitario tiempo de la vejez.